

CAPITULO XXXVIII.

Tratado de Lircay entre el gobierno y el comandante del ejército realista, el brigadier don Gavino Gainza.

Si la confianza que tenia Irisarri en su enerjía y en sus proyectos hubiera penetrado en las diferentes clases de la sociedad, probablemente la revolucion con esta fuerza moral hubiera adquirido superioridad y manifestándose bien pronto vigorosa y emprendedora. Gracias á los donativos solícitos y jenerosos de los patriotas, donativos que continuaban con bastante regularidad no obstante el malestar que á todos aquejaba, las tropas estaban algo mejor pagadas, mejor mantenidas y sobre todo provistas de gran número de caballos, que la liberalidad nacional les habia suministrado. Lastra, por su parte, sin aparentar que le dominase la voluntad atrevida de Irisarri, procuraba segundar sus miras y sus resoluciones; y el buen acuerdo de ambos ofrecia al país un porvenir de gloria, cuando un suceso inesperado vino á desviarles de su verdadero camino, y á arrojarlos á un carril que retrasó muchos años la independendencia del pais.

En el puerto de Valparaiso habia dos buques de guerra, uno ingles, la Phœbe, y otro de los Estados Unidos, el Essec. Como estaban en guerra estos dos paises se desafiaron los comodoros, y no tardaron en dirigirse al centro de la gran bahía, sitio elejido por campo de batalla. Gracias á los largos cañones de la Phœbe, cuyos disparos alcanzaban á mucha mayor distancia, el Essec quedó muy

luego fuera de combate, y su comandante tuvo que rendirse al comodoro ingles James Hillyar, quien poco despues se alejó de las costas de Chile dirijiéndose al Perú (1). Como su principal objeto se reducía á proteger el comercio de su nacion con América, lo cual era una consecuencia de la alianza inglesa y española, se presentó á su llegada al Callao al virey Abascal, para inclinarle á poner término á las calamidades de la guerra, y tomar medidas con el gobierno de Chile; proposicion que aceptó con gusto el virey, quizá porque temia encontrar dificultades para pacificar esta república sobre todo en los momentos en que mas llamaba su atencion el alto Perú, muy agitado por los montoneros de Arenales, Cárdenas, Umaña, etc. Para mas facilitar la realizacion del proyecto, suplicó al comodoro se encargase él mismo de llevar las bases de la paz (2), y aceptada esta mision por Hillyar, mandó este al punto aparejar para dirigirse á Chile. A mediados de abril llegó á Valparaiso, que no hizo mas que atravesar, y siguió inmediatamente á Santiago, donde fué recibido con todas las consideraciones debidas á un mensajero de paz. Lastra, en cuya casa se presentó al dia siguiente, aceptó con entusiasmo el pensamiento de Abascal, y convocó en seguida el senado para discutir ante esta respetable asamblea, las bases sobre que habia de descansar la negociacion. Ya fuese efecto del cansancio de la guerra, ó mas bien de la viva impresion que les habia hecho el pánico jeneral de los ha-

(1) La mayor parte de los marinos que componian la tripulacion del Essec se alistaron en la compañía de artillería de Valparaiso.

(2) El virey en su carta á Gainza afecta creer que su posicion era ventajosa, lo cual, dice, le permitia mostrarse jeneroso, pero probablemente su conviccion entraba en la clase de esas convicciones simuladas, que hace valer un jefe hábil para reducir á los hombres á su deber.

bitantes de Santiago á consecuencia de la toma de Talca, y de los progresos en la península de los ejércitos españoles apoyados por la Inglaterra contra la Francia, todos los miembros de aquella asamblea se manifestaron tan dispuestos como Lastra á acoger las proposiciones del virey; pero no sucedió lo mismo cuando se supieron las condiciones, que eran volver á lo pasado, borrando completamente todas las ventajas políticas obtenidas desde el principio de la revolucion, salvo lo que estuviese conforme con las ideas de la constitucion española de 1812. Entonces, todos por unanimidad rechazaron las proposiciones, alegando con razon que estaban en posicion de sostener la lucha y de dar leyes, mas bien que de recibirlas. Hillyar, sin perder la esperanza de un arreglo, les hizo comprender que por sus instrucciones particulares estaba facultado para corregir y modificar las proposiciones, lo que hizo en efecto en términos que el senado adoptó sin dificultad, á pesar de que algunos artículos eran poco honrosos para Chile, pues que sin ser precisamente gobernados por España habia que volver á los tiempos pasados, extinguir el fuego patriótico que una lucha encarnizada habia encendido en el corazon de muchos indiferentes, y lo que era peor para tantas personas adheridas por conviccion al espíritu revolucionario, tomar otra vez las insignias españolas, renegando así del principio de independendencia chilena.

Chile no conocia aun en aquella época de inesperienza todos los resortes secretos y mañosos que pone en juego la diplomacia en las grandes cuestiones internacionales. Erá la primera vez que se sometia un tratado á un cuerpo político, y no era fácil hallar hombres bastante hábiles para desempeñar tan alta y delicada mision. Con todo, se tomó por base la firmeza, el buen sentido y la con-

vicción que da una causa justa, y bajo este punto de vista nadie ofrecia mayores garantias que don Bernardo O'Higgins y don Juan Mackenna, hombres ambos de convicciones, concedores de la posición y de las necesidades de los dos ejércitos y semi-ingleses ademas de oríjen, lo cual podia ser de grande influencia en las decisiones que tomase el comodoro Hillyar. Decidida esta eleccion, se resolvió agregar en calidad de asesor á don Juan Zudañes, abogado hábil é instruido, y muy capaz, por la clase de sus estudios, de comprender bien este género de tratados y de redactarlos sin ambigüedades.

Hechos estos nombramientos, Hillyar se trasladó al campamento de los patriotas, desde donde dirijió un oficio á Gainza, en el que, con inclusion de los que tenia del virrey, le informaba de su comision y de lo que debia hacer para llegar á un resultado justo y honroso, recomendándole sobre todo la mayor prudencia y que se conformase exactamente con los artículos que le indicaba. Cuatro dias despues, es decir, el 27 de abril, creyó conveniente Hillyar pasar al campamento de los realistas para discutir las bases del tratado, que Gainza leyó con atencion y que dijo no le era posible admitir porque muchos de sus artículos eran contrarios á sus instrucciones: sin embargo aceptó una entrevista con los plenipotenciarios, dilatándola hasta el 3 de mayo con objeto de dar tiempo á que llegase el auditor de guerra don José Antonio Rodriguez, que estaba en Chillan instruyendo la causa de los prisioneros hechos en Concepcion, y con quien queria consultar. Aunque Rodriguez no sabia para qué se le llamaba, apresuró de tal manera su viaje que el 2 estaba en Talca, y se quedó admirado cuando al llegar supo lo que habia, y mucho mas aun de que ya se hu-

biese verificado una gran entrevista entre los plenipotenciarios en un rancho construido espresamente á orillas del rio Lircay á dos leguas de los campamentos de los dos ejércitos. Sin manifestar su sorpresa pidió para enterarse las instrucciones del virey, los poderes de Hillyar y las bases del tratado propuestas por el gobierno chileno, que no le parecieron aceptables : por lo demas persuadido de que el gobierno pedia mucho para obtener algo, se decidió que se reunirían el dia siguiente 3 para discutir juntos los artículos del tratado, y llegar por un medio honroso al fin que se proponia el virey, que era poner término á la guerra, y que el país volviese á la dependencia del rey de España, mediante algunas concesiones. Al dia siguiente estos oficiales, transformados en plenipotenciarios, se trasladaron á las orillas del rio Lircay, sitio elejido por punto de reunion, acompañado cada partido de veinticinco hombres, los patriotas mandados por el teniente Freire y los realistas por Calvo. Rodriguez, que permaneció solo en el rancho, tuvo que sostener casi todo el dia una fuerte discusion con Mackenna y Zudoñes, mientras que O'Higgins y Gainza hablaban en un sitio separado de la causa que ensangrentaba en aquel momento el suelo de las dos Américas, dignas, por confesion del mismo Gainza, de mejor suerte. El espíritu liberal que reveló en esta conversacion hasta cierto punto privada, dejó tan admirado á O'Higgins que por el pronto dudó de la franqueza de su lenguaje, especialmente cuando le oyó decir que el rey Fernando estaba perdido para siempre, que la junta de España, tan patriota y tan republicana como la suya, procuraria siempre favorecer á la América y su causa, y que para ser consecuente con sus principios, le concederia el número de

diputados consignado en la ley, lo cual le proporcionaria inmensa influencia en la cámara, porque en razon á la gran poblacion del nuevo mundo, los americanos tendrían una fuerte mayoría (1). Pero la gran prueba de su liberalismo fué la parte que tomó en una discusion que Rodriguez sostuvo con Mackenna sobre el modo con que los pueblos pueden ser libres, pues dió la razon al segundo á pesar de las tendencias revolucionarias de sus opiniones y del empeño con que mutuamente defendieron ambos así sus ideas como sus exigencias (2).

Tal fué el principio de los debates que iban á decidir la suerte del país. Habia en los patriotas firmeza, acuerdo completo y para con Hillyar, cierta influencia de ideas por un lado y de oríjen por otro; en los realistas al contrario la fe en su causa era bien poca, al menos por lo que hacia á Gainza, su posicion incierta, y reinaba sobre todo entre los dos miembros una disidencia bastante pronunciada para impulsarlos á obrar involuntariamente contra los intereses de su partido. Con estas ventajas fué fácil á O'Higgins y á Mackenna obrar con arreglo á las miras del jobierno, sostener con enerjía sus proposiciones y hacer aceptar uno á uno y casi sin modificacion los artículos del proyecto del tratado que se les habia enviado.